

## LIBRO TERCERO

---

1824-1828

El tiempo, que roba sus años á la juventud, me ha arrebatado ya veintitrés en sus alas. Mis días se deslizan á grandes oleadas... Pero sea cual fuere mi inteligencia, extensa ó limitada, precoz ó tardía, siempre irá encaminada al objeto hacia el cual me arrastra el tiempo, me guía el cielo; pues usaré constantemente de mí mismo bajo la mirada de aquel que me da mi misión, de mi divino Creador.

MILTON.—*Sonetos.*



## ODA PRIMERA

A M. ALFONSO DE L.

Y sabiendo estas cosas, venimos  
á enseñar á los hombres el temor  
de Dios.

II. Cor. V.

Hábame yo dicho, sin embargo:  
«Resguardemos mi nave. No arriesguemos  
al viento que la azota  
mi vela nuevamente.  
Escondamos también este laúd.  
¡Tal vez habrán vivido mis cantares!  
Sé tú como un soldado  
que vuelve silencioso  
á suspender sobre su cabecera  
un resto de armadura,  
y, triunfante ó vencido,  
tranquilamente duérmese.»

Yo, á la musa que amo,  
solamente pedía



inspiración para cantar mi tránsito  
 supremo ó solemniál.  
 El poeta se debe alegremente  
 ofrecer á la tumba;  
 si él no riese en el cruel momento  
 en que lloran los otros,  
 cada uno le diría: —¡Esta es la hora!  
 ¿Por qué no cantas si tu muerte llega?

Es que la fiera muerte  
 no es lo que se figura  
 la muchedumbre. Es el feliz momento  
 en que su recompensa obtiene el alma;  
 el instante en que vuelve  
 el desterrado hijo  
 al seno paternal. Cuando inclinamos  
 del lado de ella nuestro oído inquieto,  
 con su voz de ultratumba,  
 que juzgábamos muda, ya comienza  
 á cantar el sublime, eterno himno.

## II

Antes de lo debido, antes de tiempo,  
 vuelvo á la liza; pero tú lo quieres,  
 amigo, y es mi cómplice tu musa;  
 es ella quien mi brazo ha despertado,  
 y tú eres aquel que: «Ve,—me dijo,—  
 probemos juntos suerte en la refriega  
 que cada día es más comprometida.

¡Marchemos y cantemos  
 el nombre de Jehová!»

Yo uno, pues, á tus cantos  
 algunos cantos temerarios míos.

Toma tu inmortal lira  
 y los dos, cual hermanos, lucharemos  
 por los mismos altares  
 é idénticos hogares; y montando  
 cual par homérico en un carro mismo  
 para luchar en las arenas líricas,  
 tú empuñarás la lanza  
 y yo me cuidaré de los corceles.

Para ceder después alguna parte  
 á la flaqueza humana,  
 yo no sé qué pendiente  
 á los combates otra vez me induce.

Necesito de nuevo  
 volver á ver lo que yo he combatido,  
 echar sobre el impío mi anatema  
 postrimero, decirte que te amo,  
 y entonar otro himno todavía  
 á las santas virtudes.

## III

No estamos ya en el tiempo en que el poeta  
 hablaba al cielo cual un sacerdote,  
 cual profeta á la tierra.

Que Moisés é Isaías  
 aparezcan en nuestros tristes campos;  
 los miserables pueblos  
 que vendrán á juzgar, á dar castigo  
 ó á absolver, en sus ojos,  
 cual rayos fulminantes,  
 no sabrán ver la cólera  
 que truená en estallidos en sus cantos.

En vano irán diciendo en las ciudades:



—«¡Ya no más rebeliones!  
 ¡No más guerras civiles!  
 ¿Por qué danzar en torno, á todas horas,  
 del becerro de oro?  
 Dragón va á derretirse,  
 Baal desaparece,  
 el Señor dijo ya á su sacerdote:  
 ¡Para hacer penitencia  
 les quedan pocos días!

»¡Reyes, pueblos, cubríos  
 con un saco tiznado de ceniza!  
 Pronto, sobre la nube,  
 va á descender un juez.  
 ¡Vosotros dormitáis! Que vuestros ojos  
 al fin dignense abrirse;  
 Tiro ya es pertenencia de las olas,  
 Gomorra del incendio.  
 De vuestra alma embotada  
 el sueño sacudid, y despertaos  
 para ir á la muerte.

»Desgracia al poderoso que en las fiestas,  
 se embriaga riéndose  
 de los profetas y del oprimido  
 que silencioso llora,  
 ignorando en sus males,  
 igual que Baltasar en las paredes  
 de la ruidosa sala, qué palabras  
 una mano flamígera  
 traza en letras de fuego  
 entre lazos de flores.

»Él será (como aquel fúnebre genio  
 por su gloria espantoso y su agonía,  
 que cayera, aún joven,

y del que lleno está todo este siglo)  
 hundido nuevamente.  
 Napoleón, no obstante,  
 estaba en lo más alto de la tierra,  
 sus pies espolonados  
 humillaban las frentes coronadas  
 y su cabeza altiva  
 ostentaba orgullosa su corona.

»¡Desgracia, pues! ¡Desgracia hasta al mendigo  
 que, hipócrita y celoso,  
 furtivamente llame  
 á las puertas del sátrapa!  
 ¡Al miserable esclavo en sus cadenas  
 y en su castillo al amo!  
 ¡Al que, viendo marchar al inocente  
 al suplicio, entre dos crueles cómplices,  
 no extiende en su camino  
 su manto más suntuoso!

»¡Desgracia á aquel que diga:  
 —Mi madre es una adúltera!  
 ¡Al que disfrace con lenguaje austero  
 un corazón villano!  
 ¡Al que en blasfemia cambie  
 un juramento muerto en el olvido!  
 ¡Al maldiciente que delante adula,  
 reptil de cara doble!  
 ¡Al que se anuncie sabio entre los sabios;  
 desgracia á ese insensato, oh sí, desgracia!

»Vosotros ignoráis qué Dios os hizo,  
 pueblos. Y, sin embargo, vuestra vista  
 reconocerlo puede en vuestros bienes,  
 en vuestra pesadumbre, á todas horas  
 y en todos los lugares.



Un mismo Dios vuestra existencia cuenta  
y en vuestras fiestas reina. Si un caudillo  
os lleva á la conquista,  
el brazo que os arrastra  
por Él es impulsado.

»En nuestros tiempos de locura y crimen,  
á su voz, las revueltas  
han abierto su abismo.  
Han vertido los justos  
su inapreciable sangre;  
y los pueblos, rebaño que dormía  
al peso de su gladio,  
como Jacob, han visto  
en un extraño sueño  
los ángeles al cielo remontándose.

»¡Temblad! Dentro de poco,  
su venida anunciando,  
el clarín del arcángel  
desgarrará la nube.

¡Día de eternas dichas y tormentos!  
De rayos y aureolas  
y relámpagos, Dios, resplandeciente,  
os mostrará en el suelo vuestros ídolos  
y os dirá amenazante:

—¿Quién es, pues, el Señor, Dios verdadero?

»La trompeta en las nubes,  
siete veces sonando,  
empujará hasta Él, extenuadas,  
palidecientes, á las razas todas  
chocando á grandes olas en la noche;  
Jesús invocará á su santa madre,  
y la puerta celeste  
y la de los infiernos

se abrirán con ruido á un tiempo mismo.

»Dios irá enumerándoos  
con voz solemne. Al viento de su ala  
se inclinarán los reyes.  
Le llevará cada uno de vosotros  
sus esperanzas y remordimientos.  
Del fondo de los mares,  
de lo alto de los montes,  
en la honda catacumba,  
el mármol de la tumba atravesando,  
un soplo omnipotente  
moverá las cenizas de los muertos.

»Arráncate, ¡oh siglo!,  
á tus frívolos, vanos pensamientos.  
Pronto faltará el aire  
al espacio en que vuelas.  
¡Mortales! ¡Gloria, placer, bienes, todo  
es vanidad inútil solamente!  
Los que en vuestras moradas  
queréis que cada hora entre riendo,  
¿en qué pensáis, decidme?  
¡La eternidad! ¡La eternidad ignota!»

## IV

Responderán entonces nuestros sabios:  
—«¿Qué quieren de nosotros estos hombres?  
No son del mundo ni del tiempo nuestro.  
¿Nacieron estos vates  
en el valle sagrado?  
¿Dónde está, pues, su Olimpo,  
y su Parnaso en dónde?  
¿Cuál es su Dios que así nos amenaza?



¿Tiene el carro de Marte?  
¿Tiene el arco de Apolo?

»Si pretenden acaso  
hacer sonar de Píndaro la trompa,  
¿no tienen á Hierón  
de Tíndaro la hija,  
la Elida, Cástor, Pólux,  
ni aquellos juegos de los viejos tiempos;  
la arena en donde rueda  
el humo del incienso en anchas olas,  
la hermosa rueda de los rayos de oro,  
toda llena de clavos bronceados,  
ni las viejas cuadrigas deslumbrantes?

»¿Por qué hemos de asustarnos  
por simbólicas luces?  
Donde Menalco y Palemón se batan  
no nos gusta que hechicen  
con canciones bucólicas.  
Para decir el porvenir á nuestra  
débil alma, se tiene á la Sibila  
que bate el ala de un demonio negro,  
espumeante, á presurosos golpes.

¿Por qué, en nuestros placeres,  
cual una negra sombra perseguirnos?  
¿Por qué, en su desnudez triste y sombría,  
el sepulcro espantoso  
abierto á nuestros pasos vacilantes  
descubrirnos así? Anacreonte,  
cargado con el peso de años luengos,  
para poderse imaginar la muerte  
se comparaba á las hermosas rosas  
que en su cabeza cana se morían.

»Jamás dejó Virgilio  
escapar de su lira  
verso que no pudiera ser por Galo  
á Lícoris leído. A todas horas,  
de Horacio las canciones  
de la risa en el seno formuláronse.  
Él no derramó nunca  
lágrimas inmortales,  
y su lira, de mirtos coronada,  
tan sólo humedecióla  
la burbuja de agua que despiden  
las cascadas que forman los torrentes.»

## V

¡He aquí con qué desdenes, á Dios mismo  
y á sus santos profetas, en su alma  
acogerían! Y después veríaslos,  
enojándote en vano,  
continuar gozosos  
algún festín locuelo;  
ó, para adormecerse  
de una idólatra á los acordes,  
volverse de otro lado.

¡Qué importa! Cumple tu misión sagrada;  
canta, juzga, bendice;  
inspirada es tu boca.  
El Señor te ha tocado con su mano;  
y, cual la roca que Moisés hiriera  
para la multitud que en el desierto  
acampaba sedienta, la Poesía  
de tu seno se escapa á borbotones.

Yo, aunque fuera vencido,



siempre me gustaría tu victoria.  
Para mi corazón (tú bien lo sabes),  
de toda gloria amigo,  
el triunfo de los otros no es afrenta.

Poeta, siempre tuve  
un canto á los poetas; los laureles  
que adornan otras frentes, en mi vida  
proyectaron la más endeble sombra  
sobre mi frente humilde...

Sonríe hasta á la envidia  
discordante y amarga.  
Ella ultrajaba á Homero  
y zahería á Dante,  
y ella al guerrero insulta  
bajo el arco de triunfo.

Bien es preciso que tu insigne nombre  
vaya repercutiendo entre sus gritos.  
El mismo tiempo trae la justicia;  
¡deja que la tormenta pase ahora,  
deja que tus laureles se engrandezcan!

## VI

¡Tal es la majestad de tus conciertos  
supremos, que parece que tú sepas,  
cual los ángeles mismos,  
dejar vagar tus manos por encima  
de las celestes arpas!  
Que el mismo Dios diríase,  
inspirando tu audacia, en el desierto,  
á veces frente á frente,  
te aparece radiante  
y con la voz te habla.

Octubre, 1825.

## ODA SEGUNDA

## A M. DE CHATEAUBRIAND

No se castiga á los árboles estériles ó secos; sólo son apedreados aquellos cuya frente está coronada de frutos de oro.

ABEN HAMED.

## I

Hay, Chateaubriand, intrépidos navíos  
que al céfiro prefieren  
huracanes bravíos.

Hay astros, reyes del brillante cielo,  
mundos-volcanes cuyo eterno vuelo,  
entre otros mundos, de la noche oscura  
rasgan corriendo la mortal negrura,  
llena la frente de fulgores blancos  
del fuego que voraz quema sus flancos.

El genio en todas partes  
tiene sublimes símbolos. Se debe  
siempre, su favorito más querido,  
de los reveses á las malas artes;  
y al ser víctima débese el que pruebe  
nuestro aplauso creciente.

Sometido  
está el hombre eminente  
á las tormentas; chispas tiene el rayo



y el cielo nubes, que los horizontes  
intentaran parar por vano ensayo,  
no poniendo á su frente  
otros que inmensos, elevados montes.

Todo gran corazón tiene derecho  
por el negro infortunio á ser desecho.

Cuando salva á las almas  
de las leyes comunes, nuestra suerte  
un tributo de honor la tierra paga;  
la gloria sus tesoros tiene augustos  
que guarda aun á despecho de la muerte;  
al que el dolor amaga  
lo eleva como en palmas  
á la categoría de los justos:  
nada como el laurel hay de tan bello  
que el rayo desgarró con su destello.

Así, dime, ¿á qué ibas á una corte?  
¿No eres tú, noble hijo de una esfera  
tempestüosa, á quien desdicha alguna  
no existe que tu genio no soporte,  
de los reyes amigo á la manera  
de los que las revueltas les alejan,  
escasos cuando cede la fortuna,  
que sólo les cortejan  
al cernerse la muerte en su cabeza  
adulando en peligro su nobleza?

No es estando un trono en su apogeo  
ni en los tiempos de fiesta y poderío  
cuando la corte en medio del recreo  
protege á tales hombres. El bravío  
mar encrespado, escollos escondidos  
son menester á los perdidos nautas  
que en alta mar, con mano y vista cantas,

se dan ya por perdidos,  
porque miren el faro agradecidos.

Ya es inútil que en días de conquista  
una mano gigante haya pesado  
sobre tí; y cada vez que apresurado  
el crimen arrastraba hacia el abismo  
á la patria, al hallarla de sí mismo  
á merced, tuvo aquélla en la pendiente  
del precipicio tu indomable frente.

## II

A tu vez, por la Francia sostenido  
con unánime esfuerzo, que se llene  
tu destino magnánimo permite;  
en mayor gloria tuya es convertido  
cada revés que tu destino tiene;  
cuando te hirió la suerte, tú debías  
darle las gracias, puesto que sabías  
á cada contratiempo que tuviste  
caer más alto de lo que subiste.

Junio, 1824.



## ODA TERCERA

## LOS FUNERALES DE LUIS XVIII

Tales cambios le son poco difíciles; son obra de la diestra del Altísimo.

SALMO LXX, 10.

## I

La multitud rogando  
ha venido al umbral del santo templo;  
madres, viejos y niños  
gimen reunidos, y el vibrante bronce  
hace que se estremezcan en las nubes  
de Saint-Denis los altos campanarios.  
Turbado está el sepulcro  
en sus densas tinieblas.  
De sus fúnebres lechos  
las incompletas filas  
va estrechando la muerte.  
Silencio en la morada  
que la muerte protege. El rey cristiano,  
seguido de su último cortejo,  
en su palacio último penetra.

## II

Otro había ya dicho: «De mi raza  
esta grandiosa tumba será el puerto;

al rey á quien reemplace  
pretendo sucederle  
hasta en el seno de la muerte misma.  
¡Aquí ha de descender mi vil despojo!  
Para hacer sitio á mis cenizas mudas  
se despoblaron estas negras bóvedas.  
¡Al mundo le hace falta un nuevo amo  
y á este sepulcro que fundé yo mismo  
le faltan huesos nuevos!

»Yo prometo mi polvo  
á esas naves funestas.  
A un honor tan insigne  
sólo tiene derechos este templo;  
pues quiero que el gusano  
que roa mis despojos  
ya haya comido reyes otras veces.  
Y cuando mis sobrinos,  
en su altiva fortuna,  
dominen toda Europa  
desde el Kremlin al Escorial soberbio;  
vendrán, uno tras otro, á hallar descanso  
á este lugar sombrío  
á fin de que yo sueñe,  
escoltado por sus ilustres sombras  
en mi imperial mortaja.»

Aquel que pronunciara estas palabras,  
creía, audaz soldado,  
en magníficos símbolos  
ver su destino escrito allá en los cielos.  
Así, en sus fulminantes apretones,  
su águila de garras llameantes  
hubiera ahogado al águila romana;  
la victoria fué siempre  
su más fiel compañera;



y la esfera imperial de Carlomagno  
era para su mano todavía  
muy ligera en exceso.

¡Bien! Este potentado que fué el amo  
de todos los demás, en la esperanza  
soberbia de su muerte,  
fué defraudado por el mismo cielo.  
De sus inacabables ambiciones  
fué ésta quizá la única  
cuyo objeto escapóle.  
Inútilmente todo secundaba  
su mortífera marcha, y en su gloria  
llevaba á todas partes  
sus incendiarias teas;  
cargándose de cetros,  
de fasces y coronas, nunca pudo,  
aquel raptor de imperios y de tronos,  
usurpar una tumba.

Cayendo bajo el brazo que castiga,  
le hizo la vieja Europa prisionero.  
De su linaje fué el primer monarca  
y fué también el último.  
Una peña do braman las tormentas  
recibió á aquel coloso  
que conquistara el mundo,  
tirano á quien no osaba juzgar nadie,  
guerrero envejecido  
que en su triste miseria  
debió á la compasión del extranjero  
el óbolo del viejo Belisario.

Hoy, alejado de la santa tumba  
que él mismo se arreglara poco antes,  
descansa despojado

de aparato real, descansa envuelto  
en su capa de guerra,  
sin compañía alguna...  
Y mientras él no tiene  
más imperio del mundo  
que una roca negruzca y solitaria  
batida á todas horas por las olas  
y un viejo sauce que combate el viento;  
un rey por largo tiempo desterrado,  
y que prósperos hizo nuestros días,  
baja al lecho de muerte de sus padres  
del Dios viviente bajo la custodia.

## III

Es que el Señor que quita y da á los votos  
del humilde que ruega,  
á su patria devuelve al desterrado  
y al conquistador manda á su destierro.  
Dios deseaba que muriese en Francia  
aquel monarca, en su desgracia grande,  
que la huella llevó de los dolores;  
para que aún la resignada víctima  
desde el umbral de su sepulcro negro,  
contemplase su cuna.

## IV

¡Oh! Que en la noche fúnebre  
en santa paz descansen.  
¿Sus males no olvidó por nuestras penas?  
¿No nos lega á su hermano generoso  
que nuestros ojos enjugando llora?  
Nuestros sueños políticos  
con su luz disipando,  
¿no fué quien proclamó el tratado augusto



de los tiempos antiguos y modernos?  
 ¡Ley sabia que, venciendo  
 los locos arrebatos de la plebe,  
 da á los hombres sujetos  
 la tutela de un amo  
 que es el esclavo de sus libertades!

Un rey hidalgo por nosotros vela,  
 ¡que conserve el aspecto de los cielos!  
 Por largo tiempo, que ningún ruido  
 despierte aquel sepulcro silencioso...  
 Porque ¡ay! el demonio regicida  
 que, ávido de sangre  
 de los nobles Borbones,  
 con el crimen pagó sus beneficios;  
 feroz llenó estos mundos,  
 por crímenes horribles despoblados  
 y repoblados por maldades viles  
 con demasiadas víctimas.

¡Que sepa que no cae la corona  
 nunca jamás! Esta alta cima escapa  
 á su fatal nivel. El vil suplicio  
 do el mortal cuerpo de los reyes cae  
 bajo el hierro, una nueva  
 consagración para ellos es tan sólo;  
 y Luis, aherrójado  
 por desleales viles,  
 sin las reales pompas,  
 sin corte, sin heraldos, sin guerreros,  
 conservando su augusta realeza  
 ante la misma hacha,  
 hasta en la cima de su cadafalco,  
 de su eterno derecho dió otra prueba  
 al perdonar á todos sus verdugos.

## V

Mientras de Saint-Denis y Santa Helena  
 la suerte meditaba,  
 con incierta mirada sondeando  
 estos grandes misterios de la muerte;  
 ¿quién sois, pues, Dios soberbio?  
 ¿Qué brazo echa las torres  
 bajo la verde hierba,  
 en vil jirón la púrpura cambiando?  
 ¿Vuestro soplo terrible de dó viene?  
 ¿Cuál es la mano, para mí invisible,  
 que guarda así las llaves de la tumba?

Septiembre, 1824.

## ODA CUARTA

## LA CONSAGRACIÓN DE CARLOS X

*Os superbum conticescat  
 Simplex fides acquiescat  
 Dei magisterio.*

*Oraciones de la consagración.*

## I

Desde hace treinta años, el orgullo  
 es el error más grande de la tierra;



él fué quien despojó de su misterio  
divino, del poder el santuario.  
Sólo él nuestros furoros  
temerarios creó; y aquellas leyes  
por que tantos hermanos han sufrido  
la criminal pasión, y los sangrientos  
reinados, y las fiestas asquerosas  
en que, en el cadafalco proclamándose  
profetas, los verdugos  
lo eterno proclamaban.

Por disipar locura tan ingrata  
en vano las lecciones del Altísimo  
sobre todos nosotros estallaron,  
en los hechos pasmosos  
que nuestro siglo olvida  
inútilmente Dios manifestóse;  
un gran conquistador de alas de fuego  
en vano con el ruido de sus tropas  
llenó doquiera el mundo, embrutecido  
en sus cadenas; la vulgar ceguera  
del obstinado pueblo, no vió nunca  
la mano que empujara aquellos carros  
de guerra desde el Norte al Mediodía.

## II

¿Quién jamás la insolencia  
de Clove aventajó, pueblos? Su apoyo  
encontraba en su orgullo. No poniendo  
en la balanza más que á él y al mundo,  
creyó que la balanza se inclinaba  
de su parte. Las armas agotadas  
desafiaba él de veinte reyes;  
bajo los pies de aquel audaz Sicambro

se habían quebrantado las naciones.  
Nada en toda la tierra  
fué temible á sus ojos; precisaba,  
para que se inclinara su indomable  
cabeza, que viniese  
del cielo una paloma.

Al mismo altar volvió á bajar, ¡oh pueblos!  
Vino, escapando á las profanaciones,  
como ablandó de Clove el alma loca,  
á vencer de los pueblos el orgullo.  
Que á su vez, como un rey, se humille un siglo.  
Al fin la voz se ha oído del oráculo  
que reconcilia; viuda largo tiempo  
la majestad real de sus coronas,  
de la cadena que los tronos liga  
con el cielo, ha vuelto hoy á encontrarse  
el eslabón perdido.

## III

No hace mucho se vió á los populares  
tiranos, el pasado como un viejo  
enemigo atacando;  
persiguiendo el tesoro que guardara  
Remy, al abrigo de vetustos mármoles.  
Y la pálida frente del pontífice  
dormido profanando, los jirones  
de su episcopal túnica rasgaron;  
porque desafiaban de la muerte  
la santa majestad;  
y á menudo exclamaban los ancianos,  
de temor poseídos:  
—¿Pero qué les han hecho los sepulcros?



Pero frustrando Dios de aquellos buitres  
el criminal furor, á la paloma  
abandonada de los lises guarda,  
que va á extender sus alas todavía  
sobre un rey. Esta dicha es para Carlos.  
Carlos será, por el estilo antiguo,  
consagrado, lo mismo  
que Salomón, el sabio rey, que pudo  
saborear del cielo los manjares,  
cuando juntos Sadoch y Natán, luego  
de rociar su cabeza con un bálsamo,  
acercándose á él, mientras besaban  
su frente, murmuraron: ¡Viva siempre!

## IV

La antigua tierra de los Francos, entre  
sus metrópolis cuenta  
con una iglesia ilustre, á donde iban  
todos los reyes, por su pie triunfante  
al que tiemblan los polos,  
á prosternarse ante la cruz. El pueblo  
cien antiguos prodigios de él contaba;  
tiene aquel templo sus arcadas góticas  
cuyos contornos gustan á los santos;  
velaba un serafin ante sus puertas  
cerradas, y los ángeles  
del cielo, al desfilar de los ejércitos  
izaban sus banderas en las torres.

Allí es donde levantan  
los gloriosos trofeos en las fiestas.  
El oro, el muer y azul cubren y adornan  
los oscuros pilares, como uno  
de los palacios, donde, en sus ensueños

los caballeros, revoloteando  
ven á las hadas. Del altar y el trono  
se reúnen allí los esplendores;  
en el santo lugar los puros rayos  
de antorchas en hilera se confunden;  
en los arcos el lis real se enlaza,  
y, á través las vidrieras circulares,  
rosas de fuego mezcla  
el sol entre las flores.

## V

He aquí que el córtijo  
se adelanta con paso mesurado.  
Y pregunta el pontífice  
por CARLOS X á los guerreros. Vuelve  
á ver de Reims el sacro altar, de Francia  
la oriflama que en Cádiz encontróse  
nuevamente. Ensondecen  
el aire las campanas; los cañones  
retumban; ante el rey mayor del mundo  
de hinojos se prosterna todo un pueblo  
y mil gritos de triunfo se confunden.  
Luego el rey se arrodilla, y los obispos  
dicen: «¡Señor, piedad para nosotros!»

«El que del justo Dios viene con pompa  
ante el altar, del viejo Clodoveo  
es el nuevo heredero, de los doce  
pares es jefe, por su llamamiento  
augusto, en este atrio convocados.  
Sus valientes, cuando oyen sus oídos  
su voz, la mano llevan  
al puño de la espada, y palidece  
de espanto el enemigo; sus legiones,



cuando vuelven después de hecha la guerra,  
con su marcha pacífica aún inmutan  
á la tierra.—¡Piedad, Dios, del rey nuestro!

»Pues sois más grande Vos que la grandeza  
de los hombres. Señor, os alabamos  
y os tenemos por Dios. Vos á la cumbre  
nos lleváis, y ya en ella, es necesario  
renunciar á la vida.

¡Vos sois, Señor, el dios de la victoria!  
Tres veces los gloriosos querubines  
os han llamado santo; corre el tiempo  
á vuestra eternidad; tenéis el mundo  
en vuestras manos, que palpita como  
tiembla un gorrión en nuestros dedos preso.»

## VI

Dijo el rey: «Nos, juramos, cual juraron  
nuestros padres, á todos nuestros súbditos  
paz, amor y equidad, y en todo tiempo  
querer su libertad. En la fe misma  
vivir por nuestros padres profesada;  
el estrecho camino de las órdenes  
de la caballería á seguir vamos.  
Seremos diligentes  
en procurar salvar al oprimido.  
Así, sobre los santos Evangelios  
lo juramos. ¡Que Dios esté de parte  
del derecho del justo!»

¡Montjoie y Saint-Denis! El mismo Clove  
se alza para escuchar; y los dos santos  
guerreros, Carlomagno  
y Luis, por diadema

llevando una aureola de laureles;  
y Carlos VII, á quien, aún robada  
guía Juana, y Francisco, que en Pavía  
intacta la armadura  
se encontró, y del rey último el heroico  
fantasma, el rey dos veces consagrado  
por un reinado doble:  
después que en el altar, en el suplicio.

Ha rejuvenecido los derechos  
el santo crisma del buen Carlos, ante  
testigos tan gloriosos  
del esplendor de Francia.  
Recibe sin rendirse la corona  
donde la gloria pesa  
de sesenta monarcas. Y bendice  
el arzobispo espada, cetro y mano  
cuyos signos jamás se desmintieron.  
Luego sumerge en el divino cáliz  
aquellos guantes que jamás en liza  
echara rey alguno, sin que el mundo  
se estremeciera desde un polo al otro.

## VII

Entra, ¡oh pueblo! ¡Sonad clarines, música,  
tambores! ¡En el trono está ya el príncipe!  
¡Es ya grande y sagrado!  
Entre la inmensa muchedumbre brilla  
como un faro entre olas.  
Mil cantores del aire, bella imagen  
del pueblo, mezclan su plumaje y voces,  
su vuelo cruzan bajo las arcadas;  
pues creían los Francos,  
nuestros mayores, ver entre las nubes